

Asperjando los medios

Jaime Augusto Shelley



LA VISITA A UNA DE LAS POCAS LIBRERÍAS de la ciudad que venden, como en supermercado, libros de reciente aparición resulta una experiencia deprimente, a menos que uno sepa el título que busca, vaya con un dependiente y éste lo localice en la computadora, le diga dónde, lo adquiera, lo pague y salga del establecimiento sin volver la cabeza.

Hay otros lugares para comprar, sólo que —por lo común— los libros están acomodados al azar, amontonados en mesas sin ningún orden, y los dependientes desconocen su oficio y se muestran indiferentes. Una tercera categoría son un puñado de librerías que, entre libros viejos, usados y valiosos, los venden a precios muy altos a una clientela ávida de coleccionarlos.

El libro (que dicen está en vías de extinción) es una mercancía que producen (o distribuyen) en México unas cuantas marcas editoriales —que en realidad son fachadas de uno o dos monopolios trasnacionales que deciden qué van a leer los poquitos que todavía leen—. Dejemos fuera las publicaciones universitarias, de ámbito muy estrecho y sin mayor difusión. O las oficiales, de carácter institucional, para los cercanos al poder.

Los autores seleccionados mayoritariamente son gente adaptada a las propuestas comerciales, que desean ser “reconocidos”, comentados, retratados y entrevistados, además de participar en las múltiples ferias del libro, donde las empresas ponen a la venta sus productos. Negocios entonces. Quién sabe qué tan modestos, considerando que dominan los mercados de toda Hispanoamérica, el ámbito anglosajón —mucho más extenso y beneficioso—, parte del francés y del alemán, y acaso del japonés y el coreano.

Esta red de dominio incluye periódicos, revistas, medios audiovisuales (radio, televisión y cine), con sus respectivos noticieros que influyen en los gustos e inclinaciones del consumidor que, inadvertido, da por buena la recomendación de tal película o tal novela que un personero a sueldo pone a su consideración masivamente, por todos los frentes imaginables.

Si rastreamos a los poseedores de las acciones que manejan esas empresas veremos que son —asimismo— los dueños de los bancos, las aseguradoras, las grandes empresas petroleras, las monopolistas de semillas y fertilizantes, así como de los pesticidas, las constructoras y fabricantes de autos, aviones, equipos agrícolas y militares. Pero no se ven. No aparecen por ningún lado. Se mueven como “fondos de inversión”, los mismos que compran bonos del Tesoro, aquí y allá.

Según las cuentas del Banco de México, el país cuenta con “reservas” de \$198 000 millones, cifra récord claman los funcionarios. Sólo que, de ellas, \$133 000 millones son fondos buitres, es decir, capitales volátiles en manos de esos fondos que son utilizadas, por supuesto para presionar las decisiones del gobierno, en una u otra dirección. Todo el aparato mediático, nacional e internacional, se utiliza con esos fines: para establecer esa honrosa paz democrática en que vivimos, o para desestabilizarla en países como Argentina, Brasil o Venezuela.

Se aplaude o se condena, a conveniencia, cualquier acción de gobierno, de sociedad, casos como el de Ayotzinapa, de clara definición como crimen de Estado, se minimizan, buscan dejarse en el olvido como sucesos únicos y no como política de represión generalizada, cabe decir, en el mundo occidental y sus colonias asiáticas y africanas, por parte de los aparatos del imperio.

Hace algunos años, en un aeropuerto de Canadá, al abordar un avión que hacía escala en Estados Unidos, los funcionarios de aduana que revisaban documentos resultaron ser norteamericanos, cosa que me sorprendió. Se lo comenté a un canadiense junto a mí en la cola. Su comentario fue: “Está bien. Así ahorra el gobierno en gastos de personal”. Es claro que a los canadienses (salvo los francocanadienses) les tiene sin cuidado la soberanía. Saben que la dominación yanqui es ineludible y su naturaleza, por demás pragmática, los hace encogerse de hombros ante las circunstancias. Además, son casi todos inmigrantes o hijos de inmigrantes, sin arraigo en su tierra. De hecho, si pudieran, se irían a vivir a los Estados Unidos, a la *Gran Manzana*.

Sólo que en México la ancestral diferencia estriba en el amor por el terruño, el lugar donde yacen sus muertos y las voces que te rodean son en español. Se ama, a pesar de todo, al país.

La historia nos habla de las invasiones, los despojos, las cruentas guerras por mantener nuestra libertad y soberanía. Es profundamente ofensivo enfrentar a un oficial, armado, a la hora de cruzar en un aeropuerto mexicano, a un extranjero con poderes para decidir nuestro destino.

Bueno, no a todos. Para ciertos personajes —muchos de ellos altos jerarcas del gobierno—, los que han sacado del país en los últimos años \$417 000 millones de dólares, es “casi” como un respiro verse en situación de estar “casi” en la impunidad al verse ya en el paraíso (fiscal) al que sus crímenes de cuello blanco los llevan para acogerse y disfrutar de sus utilidades en Blackrock, Inc., o asociados.

Mientras tanto, los miserables habitantes de este país (“que no merece el nombre de país”, como dijera el poeta Pedro Mir), somos informados de que habrá “recortes” en el presupuesto del año que viene. Eso quiere decir, en términos neoliberales, menos salud pública, menos educación, menos empleos, más devaluaciones; por lo mismo, más salarios deprimidos, más pobres, más represión social y más caos. El cultivo óptimo para una dictadura perfecta. La incapacidad de pensar se cubre las espaldas. La corrupción también.

Ya tocamos fondo, decían hace treinta años...
Ahora sí, ya tocamos fondo, decían hace veinte...
Ya tocamos fondo, se musitaba con Fox y Calderón...
Así hoy, el hartazgo aúlla, ya tocamos fondo. ¿Será?

La tradicional pasividad del mexicano está a prueba; lo ha soportado todo; la ignorancia y la apatía han servido con creces a la expoliación generalizada, rapaz, de los dueños del capital. Se carece de armas ideológicas, organizativas, de difusión popular para hacer frente al colosal enemigo que cubre todos los espectros de la vida social. Es a todas luces evidente que “habrá de nuevo sangre en el país” (de nuevo, Pedro Mir); sólo que no sabemos si será inútil, dispersa, y sumergida en fosas diseminadas por todo el territorio. O alcanzará a tener sentido, peso histórico y capacidad de transformación a partir del sistema avasallante en que vivimos hasta uno de fraternal convivencia humana.

Otro punto de quiebre en nuestra historia. Ojalá no se convierta en otra reformita que parche lo existente para seguir siendo igual, de distinta manera. Como ha sucedido a lo largo de los años.

Y para terminar: ¿por qué ese Dios, que es todopoderoso, no cesa de pedirnos dinero?

El papa Francisco y sus cardenales deberían hacerse esa pregunta. No basta con hacer auditorías de sus empresas.

La aldea global vive una profunda crisis. 